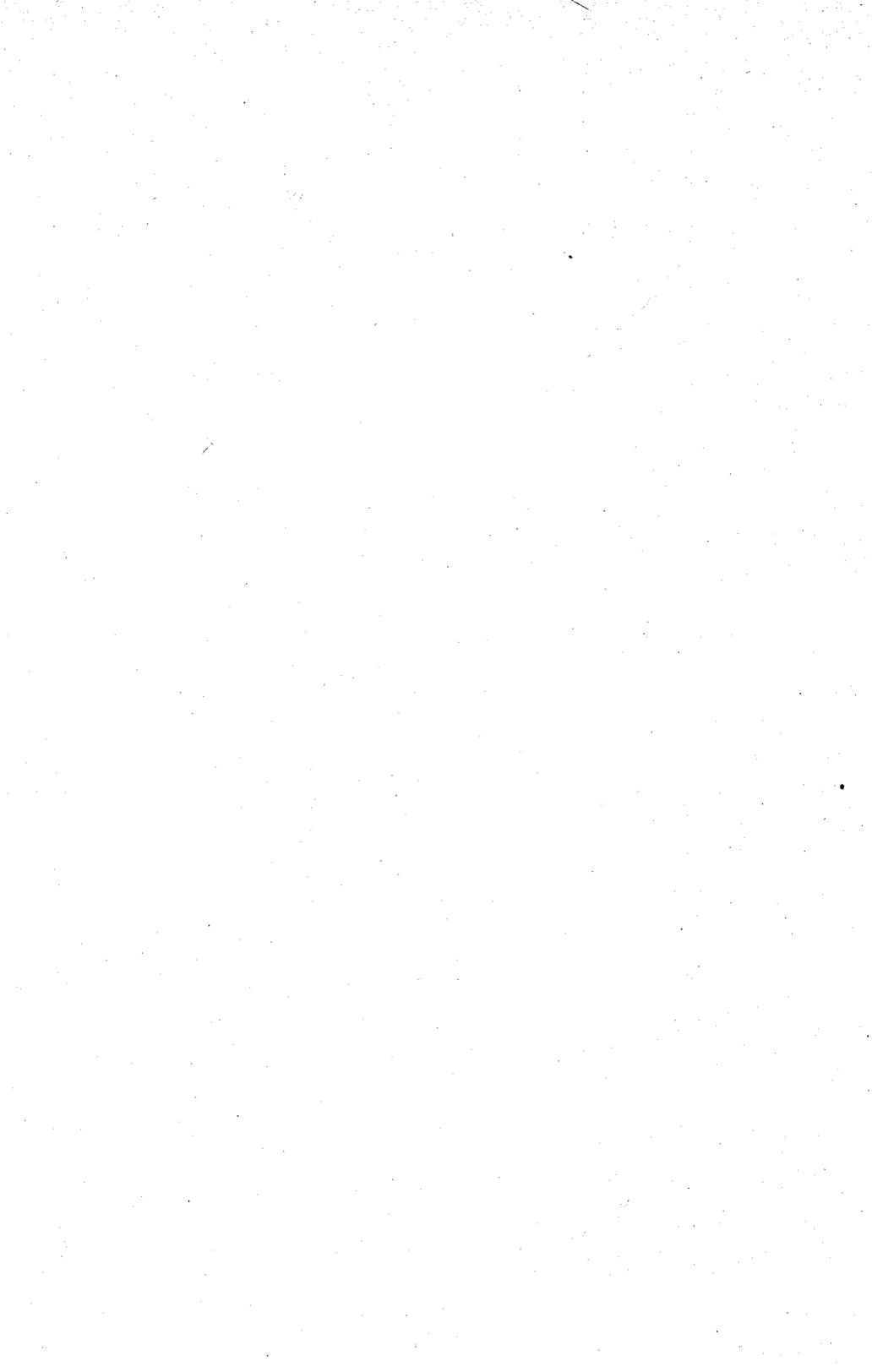
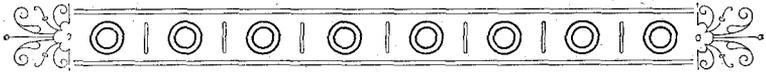


# **DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS**

Por Juan José Morato.





## DON QUIJOTE Y LOS OPRIMIDOS

---

SEÑORAS, SEÑORES:

Dos son las causas de verme yo en este sitio honroso y preeminente: una, la no merecida opinión que de mí tiene el Sr. Navarro Ledesma, moviéndole á sospechar talentos que, por desgracia mía y para enojo vuestro, no poseo; otra, mi afición al Ingenioso Hidalgo, más que por pura emoción artística, por ciertas escondidas afinidades de rebeldía contra el medio social.

Y como en la buena opinión de nuestro ilustre y laborioso amigo, antes fué parte el cariño que la justicia, y yo eché sobre mis flacos hombros peso mayor del que razonablemente pueden mover, en lo que dure la desmañada lectura de estos mal hilvanados conceptos, el homenaje que rendimos á un hombre, honra de la Humanidad, será para vosotros cruel penitencia. ¡Sin duda era preciso que en esta religión hubiese ayunos, cilicios y azotainas, para hacer más gustosos los goces y las alegrías!

Pero sírvaos de esperanza y de consuelo saber que acabará pronto esta oración agreste y humilde, como nacida de intelecto tan sin cultivo y tan árido, que no puede dar sino cardos y espinos.

---

Fué Don Quijote, ante todo y sobre todo, un rebelde, como podía serlo en aquellos días tan distintos y tan distantes de los nuestros; que no hay hombre ni genio, por atrevido que nos parezca, que no sea hijo de su tiempo.

Fué Don Quijote un rebelde que, como todos los rebeldes reales y fingidos, puso la envidia de su meollo y la fuerza de su brazo al servicio del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, rompiendo con la ley y con la costumbre, sin pararse jamás á mirar si sus fuerzas guardaban consonancia con el empeño acometido.

Ve el hidalgo manchego que «en este mal mundo que tenemos, apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad y de bellaquería»; ve la injusticia y la iniquidad dominando como señoras, y este espectáculo subleva su ánimo, arma su brazo y le lanza á la acción, siendo los libros de caballerías, no la causa y origen de su conducta, sino la norma y patrón de ella, la revelación acaso de los medios de que podía usar para establecer el imperio del bien sobre la Tierra.

Así, todas sus aventuras van en pro del débil, y hasta cuando pelea para hacer confesar á sus adversarios que su dama es la más bella y perfecta criatura nacida, hasta cuando mide sus fuerzas con las del león, lo hace con la mira de mostrar que su ideal es el más digno de ser servido y que este ideal da á quien le profesa alientos invencibles.

Y no es que Don Quijote fuera un enamorado de lo viejo, que cifrara su gloria en resucitar instituciones desaparecidas por virtud de los progresos sociales y aun materiales, no. Lejos de esto, declara que «otras edades serán tenidas por más de hierro que la nuestra, que de las que ahora se usan es la dorada»; pero es que en los comienzos de aquel declinar de una era gloriosa, si no se podía con tanta justicia como antaño, decir con Juan de Mena,

Hoy los derechos están en la lanza  
y toda la culpa sobre los vencidos,

subsistía el mal de los siglos pasados—¡subsiste aún!,—y de los bienes de la Tierra sólo disfrutaba hasta la hartura un puñado de elegidos, quedando para el resto de los humanos no más que los afanes y cuidados y trabajos.

No fué Don Quijote, no podía serlo, un reformador social; pero sí una conciencia recta, un espíritu candoroso,

un hombre dotado de altísimo y noble concepto de la vida. Y su acción, individual siempre, fué lo que debía ser, la que él mismo va á declararnos:

«Los andantes caballeros—dice—tomaron sobre sus espaldas el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.»

«Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevase donde más fuese servida. Quise resucitar la andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá he cumplido gran parte de mi deseo.»

«Los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes.»

Y cuando hace ver la superioridad de su profesión sobre la de los caballeros cortesanos, y en sus innúmeros coloquios con Sancho, con el canónigo, con el bachiller Carrasco, con el caballero del Verde gabán, con cuantas personas topa en su camino, siempre, siempre viene á dar en el mismo hito.

Cuál es—aparte el enojo y la ira que el espectáculo del mal suscita en todo hombre sensible y valeroso—el móvil de sus hazañas, también él mismo nos lo declara hablando con su escudero: «El deseo de alcanzar fama—dice con palabras de oro—es activo. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tíbre? ¿Quién abrasó la mano de Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo

pasar el Rubicón á Julio César? ¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles, guiados por el cortesísimo Cortés, en el Nuevo Mundo? Todas estas grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosísimos hechos merecen.»

Y si añadimos que el límite de sus empresas le estaba claramente señalado al caballero católico por su misma religión, tendremos completo el marco en que encuadra toda la acción de Don Quijote.

Pero hay algo más, que conviene poner en relieve porque nos demuestra que el hidalgo manchego era un rebelde de análoga contextura mental que todos los grandes rebeldes pasados y aun presentes, y este algo es su ingenuidad y candor, y sus alientos á prueba de desengaños, y su noble desinterés.

Recordad su primera hazaña. De la espesura de un bosque salen los ayes y lamentos del pobre Andresillo, azotado cruelmente por su amo Juan Haldudo, y cuando Don Quijote, fiado en la promesa del atormentador, cree firmemente haber realizado una buena obra, Haldudo, el rico, en vez de pagar la soldada al triste zagalejo, le da duplicada ración de azotes. ¿Como había de caber en la recta conciencia del hidalgo que hubiese nadie capaz de faltar á lo prometido?

Recordad también la aventura de los galeotes; recordad otras ingratitudes y fracasos, y veréis que en Don Quijote no producen ni asomos de desaliento, sino, á lo más, hondísima amargura. De las pedradas con que los galeotes pagan su libertad, sale su fe más pura y acendrada.

Para cumplir su misión, la simpática empresa que se impusiera, no mira jamás á quién hace bien. «A los caballeros andantes—dice indignado á Sancho—no les toca ni les atañe averiguar si los encadenados, afligidos y oprimidos que encuentran van de aquella manera ó se encuentran en aquella angustia por su culpa ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías.»

Más aún, Don Quijote, cortés y comedido siempre hasta

con sus enemigos, como hombre fuerte y seguro de que la razón está de su parte, es, no ya cortés, sino afectuoso y sencillo con el débil.

A Sancho le trata, más que como á criado, como á par suyo, y con cariño departe con cabreros y con pastores y con viandantes, por mísera que sea su condición.

Y si seguimos paso á paso las aventuras del ingenioso hidalgo, no encontraremos nada que desmienta lo que va afirmado.

Comienza manifestando sus propósitos al socarrón ventero que le da el espaldarazo, al decirle que aquello redundará «en bien del género humano», y pocas horas después, y con el suceso que todos sabemos, libra á un débil, á Andresillo, de las garras de un poderoso.

En su segunda salida, al pelear con los molinos de viento, pretende abatir la soberbia de los fuertes, y si lucha con el vizcaíno es por creer que en el coche iban débiles y forzadas mujeres.

En el episodio del pastor Grisóstomo, Don Quijote, lejos de seguir la opinión de los más, aplaude y defiende las nobles y discretas razones con que Marcela vuelve por la independencia del sexo femenino, y prohíbe á todos, poniendo mano á la espada, que la sigan y persigan.

Más adelante encuentra á los encadenados galeotes, y sin pararse á mirar su condición y circunstancias, los da libertad.

Y arremete contra los sacerdotes que llevaban el cuerpo del caballero muerto en Baeza, por sospechar que en aquellas andas iba algún oprimido, y promete favor y ayuda á la Princesa Micomicona, por ser ella débil mujer y por creerla opresa de espantable gigante, y cuanto ve rodar las lágrimas por la cara de la imagen que los disciplinantes llevan á través de los campos en demanda de lluvia, y las lágrimas, aun siendo de vidrio ó de plata, remueven lo más hondo de sus entrañas, y por libertar á un sér débil y lloroso falta hasta á la palabra empeñada.

En la tercera salida no va, como la muchedumbre, con Camacho el rico, el espléndido, sino con Basilio el pobre, y va con él quizá más por ser pobre que por tener razón.

Ve á Melisendra y D. Gaiferos seguidos de multitud de moros; despierta su natural valeroso, y también le tenemos defendiendo al débil.

Y más tarde ofrece de bonísima gana amparo y remedio á la Dueña Dolorida, y en su pro acomete la aventura del caballo *Clavileño*.

Y después, por servir á la hija de doña Rodríguez, abandonada por quien abusó de ella dándole palabra de casamiento, hace el sacrificio de batirse en palenque abierto con un hombre que ni era de su clase ni de su profesión.

En suma: toda la vida de caballero andante del famoso hidalgo no tiene otro objetivo que el bien, la libertad y el consuelo de los oprimidos, y la ruina y la humillación de los soberbios, de los opresores.

Y no sólo hizo esto Don Quijote; llegó á más, llegó á hablar de una sociedad ideal, con palabras memorables que figuran en todas las antologías.

Como cien años antes de que el valeroso paladín hollara los campos de la Mancha, Tomás Moro había lanzado al mundo su *Utopía*, y precisamente en los días en que el hidalgo manchego hablaba con los cabreros de la edad de oro, el napolitano Campanella preparaba su *Ciudad del Sol*.

¿Es que el Renacimiento, trayendo al estudio y á la admiración de todos el mundo griego y romano, suscitó, con la lectura de Platón, la idea de una sociedad perfecta? ¿Es que la tremenda crisis del feudalismo, para que naciesen las modernas nacionalidades, hizo que los ingenios superiores pensaran que ni lo viejo ni lo nuevo era bueno, lanzándolos á concepciones ideales de ciudades sin mácula? ¿Es que el espectáculo de la ruina y la desolación de toda Europa, que precedió al advenimiento del régimen absoluto y le acompañó durante siglos, produjo una reacción en los espíritus escogidos, llevándolos á soñar con formas perfectas de organización social, en las que, por un reparto equitativo de la riqueza y del poder, no fuesen posibles tantos duelos y tantos horrores?

Conteste quien sepa. Yo registro aquí el fenómeno, y al hablar de «Don Quijote y los oprimidos» tengo que referirme á este hermoso pasaje de la obra inmortal, en el que

nuestro héroe ve en las palabras *tuyo* y *mío* la fuente y manantial de todas las miserias, desdichas, mentiras, vicios, iniquidades y crímenes.

Oigamos una vez más palabras tan gustosas, tan elocuentes, bellas sobre toda ponderación, con una belleza no igualada por nadie:

«¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella edad todas las cosas comunes. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. No habían la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. Entonces no había qué juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad.»

¿Habéis leído en la ciudad del Buen Acuerdo, de los ácratas, ó en las tentadoras lucubraciones de Bebel y de Morris, ó en las fragmentarias previsiones de los socialistas científicos y de los anarquistas, algo que desdiga de tan hermoso cuadro?

¿Acaso no es superior en belleza el discurso de Don Quijote á las complicadas concepciones ideales de Moro, de Campanella, de Saint-Simón, de Fourier, de toda la legión, en suma, de los llamados socialistas utopistas?

Una diferencia fundamental, es cierto, hay entre Cervantes y los reformadores modernos, y es que el primero ve esa Arcadia tentadora en la infancia de la Humanidad, y los segundos la atisban en las brumas de lo porvenir; pero notad que Don Quijote y los reformadores la señalan como la única era de felicidad colectiva.

Lo que en el uno es nostalgia, es en los otros esperanza; mas lo mismo el que mira á «lo que fué» que los que miran

á «lo que será», tienen idéntica visión de paz, de ventura, de abundancia.

Y así, si Don Quijote no pudo ser un reformador— aun siendo tan grande su amor á los oprimidos y su odio á los soberbios,—tuvo valor bastante para salir á su defensa, y en ocasiones demostró que sabía muy bien dónde radicaba el origen de todo el mal social, y quizá, si los tiempos hubiesen sido otros, la acción del valeroso caballero no se hubiera encerrado en el estrecho marco del restablecimiento parcelario de la justicia...

¿Es este el ingenioso hidalgo que Miguel de Cervantes— «más versado en desdichas que en versos»—nos pintó? Yo no lo sé, ni mi modesto trabajo pretende ser una nueva interpretación de la obra inmortal.

Obediente al halagüeño mandato del Presidente de la Sección de Literatura de esta docta Casa, relato lo que veo en Don Quijote, y desde aquí os digo á vosotros y digo á los oprimidos, por cuya causa trabajé siempre y trabajaré toda mi vida, que si en la obra cuyo centenario celebramos hay enseñanzas y consuelos y regocijos para todos, los hay también para los humildes; que el *Quijote* no es obra escrita para recreo egoísta de escogidos y de ahitos, sino de consuelo, aliento y esperanza para los incultos y opresos.

Otros habrán prostituido su arte, haciéndole, como dijo el poeta, «esclavo del poder y la mentira»; Cervantes no, que por algo tuvo la vida y la desdicha como maestras supremas é insustituibles.

---

Señoras y señores: Los desatinos de Don Quijote loco, hacían más profundos y más discretos los razonamientos de Don Quijote cuerdo; las necedades de Sancho mentecato, daban mayor donosura á las agudezas de Sancho despierto; esta lectura mía realzará los primores de las otras, del propio modo que estimamos en más la salud después de la enfermedad, y la belleza nos parece más grande tras de habernos horrorizado con el espectáculo de la fealdad.

Y con esto concluye vuestra penitencia, y yo me veo libre de este potro, al que me trajo mi mala ventura.